

Sueño interrumpido

ROBERTO BAÑUELAS

La luna, asediada por los poetas sin empleo, añora la visita de cosmonautas extraviados y, en la llanura celeste, quiere ostentarse como el ojo insomne que contempla el caleidoscopio de la vida, de la muerte, de la vida...

Abajo, sobre la piel torturada del planeta, los días organizan su peregrinación paralela con las muchedumbres hambrientas y burladas.

Los vampiros, a falta de sangre no contaminada, se refugian en el tedio empañado de los cafés sin espejos donde las camareras con callos saludan a la sombra del cliente de ayer.

¿Otro café, señor?

Las iluminaciones y los deliquios hacen trampa en el juego de reiterar insignias a las profecías postergadas.

El misterio es agredido con los fulgores que ayer devoraron las tinieblas, y los hombres, que buscan la luz perforando la rutina, salen a la calle para rendirse frente a la marcha triunfal de los demagogos.

El silencio, que era de tres dimensiones, es roto y acribillado por los discursos oligofrénicos de una información que es patente de sometimiento a cargo de una clase sin clase, enferma hereditaria del poder.

Los minotauros galopan entre los troncos carcomidos y lloran, amargos y enclenques, el vacío que dejó la nostalgia del bosque robado.

Los aspectos de la victoria forman estratos dolientes con la hipertrofia del insomnio y con la longitud del tedio de naturalezas muertas.

El retorno a la vida, sin estatuas que lo pregonen es la lucha contra la muerte de la conciencia. La música de cámara mortuoria nos acompaña en otra fecha de duelo de la historia traicionada.

La Naturaleza ya no quiere más intérpretes obsesos, sino una constancia de olvido para volver a surgir de las cenizas.

Cada fin de semana, mientras nos aburrimos, pensamos en la eternidad del cosmos frente a lo efímero y contundente de la muerte.

Desde la infinita complicidad del cosmos con las distancias, los espacios y los espejos del tiempo, soñamos como habitantes de un planeta que es una gota de agua por fuera y una gota de fuego por dentro.

Los recuerdos y el olvido juegan a la tregua indefinida. La fuga del domingo celebra otro aniversario de infelicidad y todo náufrago del desamor se refugia en el templo iluminado de la soledad.

El sueño de la creación es la pesadilla del artista estéril.

Las ofrendas de canto son el llanto escondido de un doble juego entre querer amar y ser olvidado.

Cada día, desde los medios de disfunción, se degrada con sofismas y prejuicios lo que ayer fue canto y seña de anhelada civilización.

En la orilla de la tarde, con amoroso tributo, nos acercamos al punto de fuga y celebramos, en una isla imaginaria, la pasión que se cumple frente a un reloj de arena.

La tarde vuelve a fenecer y nosotros en inmerecido reposo, celebramos con un grito la ruptura del paraíso, dejando atrás aquel silencio preñado de ansiedades, porque a todo enamorado de la vida llega el momento de ser otro prófugo del naufragio.

Caminamos sobre dunas de un rescoldo obstinado para descontar algo de distancia en un viaje sin retorno.

En la espera de otro día masticado por el tiempo, la noche teje los confines de su manto oscuro. Desde las cavernas de los edificios multifamiliares, el homo sapiente se resigna y se festeja con su condición de eróticus cumplidor.

La sangre (no derramada) establece el ritmo y el acoso de los ríos que forman la vida del combate diario de arrancar a la existencia una brizna de locura para suplir al desamor.

Mientras soñamos con el triunfo y la felicidad, la muerte usa la máscara de todos los afanes, luego imaginado el dolor, damos el pésame contradictorio por aquellos que ya nos precedieron en el viaje de ida sin retorno y epicúreos tolerantes, nos incorporamos al torbellino de la vida soñada, aceptamos las bendiciones del estentóreo chamán y contemplamos los noticiarios celebrantes de otro candidato triunfante de la inagotable corrupción.

Absortos y resignados frente al papel en blanco, las neuronas y las dentritas no quieren levantar la huelga. Otros, que sí fueron pensadores, tampoco fueron comprendidos. A mayor hondura filosófica más grande será la incompreensión.

La esperada fuga de la tarde nos compensa con dolor presente el vacío del amor que fue.

En toda hora divergente asistimos al homenaje del silencio y esperamos, como espectros dolientes el naufragio de la fonorrea y de la oratoria podrida.

Preferimos jugar solitarios con el amenazante Tarot que rendimos, sin refutación a reconocer el reino de la estulticia, financiado con cargo al dolor.

En este carnaval de la impaciencia, la moral de los amos da gracias a Dios. El posible retorno del amor, cándido y timado, asiste a otro baile de máscaras y se incorpora a la danza de los demonios que andan sueltos.

Las lluvias ácidas hacen de la ciudad de México una laguna y de las pirámides sumergidas otra oración del dolor.

Frente a la esperanza de redención que sigue vacía, Adán se despierta para hacer del amor un canto entusiasta a la monogamia.

El cíclope no despertará porque lo hicieron socio del fraude y del engaño.

Los ojos de la noche, frente a una evasión concreta, contemplan la apoteosis de la decadencia.

La vida es un sueño interrumpido.

